



A DIECIOCHO AÑOS VISTA

SANTIAGO AIZARNA

Dieciocho años no son demasiados años según cómo se considere la cosa, pero la verdad es que, en estos dieciocho últimos años, la realidad de nuestra provincia, sus características, su situación social, su fenomenología (por decirlo de una manera más) ha variado rotundamente. De flujo ha pasado a ser reflujó. De tierra de promisión a tierra de presión. Y hombres y mujeres que vinieron aquí con la compañía material única de sus pobres enseres y con la espiritual de sus ilusiones y de sus ganas de ganarse la vida de una manera decente vuelven muchos la vista, otra vez, hacia aquellas casitas pobres que dejaron vacías, hacia los yermos terrenos que no les daban para vivir aunque les dieran toda la paz del mundo para morirse tranquilamente, y hay en esta mirada oblicua, cargada tanto de desesperación y de frustración como de alborear de una nueva esperanza, una a manera de rescollo de pasión domeñada, de pobres y mínimas ambiciones tronchadas, cuando no, en algunos casos, de odio incubado, puesto que es forzoso que los radicalismos generen odios como así ha sido desde los inicios del mundo.

Ahora, a dieciocho años vista, la situación de la provincia de Guipúzcoa (y concretamente la del pueblo de Rentería) se supone que ha cambiado totalmente, que la dirección del paso de gentes, de los movimientos migratorios es totalmente opuesta. La clave de esta mutación

la tendrán, seguramente, los sociólogos, porque, por mi parte al menos, ni podría atestiguar este cambio de dirección ya que hablo de oídas, pero, de no existir, seguramente no se le hubiera ocurrido a la Revista OARSO el proponernos como materia de meditación de este año, porque creo que sus mentores y directores no gustan de enfrentarse a utopías.

Analizar las causas de este supuesto (o presunto) éxodo nos llevaría, acaso, más allá de lo que es nuestro propósito. En mi acto de retrovisión hay, por supuesto, la imagen de unos cuantos pobres inmigrantes que, de la manera más elemental que cabe imaginar, se llegaban hasta nosotros, se agarraban a lo que encontraban más a mano y no lo soltaban. Ahora resulta que muchos han soltado ese punto de anclaje, han desarrollado el nudo de su noray particular y han emprendido la navegación hacia aquellos puertos que antes abandonarían. Y ante todo, la pregunta que flota en el aire, y a la que todos sabríamos dar la respuesta adecuada, según nuestra experiencia nos enseña, en qué movimiento de reflujó ha ido gestándose en este tiempo, cuál es la causa de esta consecuencia.

Ante el problema (que en aquellos momentos lo era) de la inmigración, yo, en mi artículo de hace 18 años, citaba, al menos, tres tipos de vascos: los xenófobos, los

apáticos y los xenófilos. En fin, hoy habría que matizar mucho sobre lo que ha sido, y en qué se han convertido dichos grupos, o si componentes de algunos grupos se han integrado a otros, o qué vacíos se clarean en algunos, densificándose, al mismo tiempo, en los otros. También sería cuestión de saber si el pasotismo reinante en algunos núcleos de población ha tenido reflejo en un aumento significativo del grupo de los apáticos.

Normalmente, y al margen de los estudios que realizan las empresas especialmente dedicadas a ello, las opiniones que solemos sustentar sobre todo tipo de cuestiones sociológicas suelen ser un mucho gratuitas y casi absolutamente infundadas. Quiero indicar con ello que, al opinar sobre la situación migratoria de hoy del País Vasco, al igual que en lo referente al pasado, lo hacemos movidos por bases, elementos o factores tan anticientíficos como el sentir popular, la intuición, la sospecha, el barrunto, la conjetura, el presentimiento, la vaga idea de algo...; en fin, vaguedades con las que no se puede establecer ningún punto de análisis y menos de crítica. Antes de ofrecer la más mínima opinión habría que hacer una extensa prospección del fenómeno con la mayor aproximación posible a la verdad y dar luego nuestra opinión, que, naturalmente, seguiría siendo una opinión y nada más, pero basada en elementos reales.

Habría que contar, también, con otro factor muy importante, a la hora de dar esta nuestra opinión: el de la libertad de expresión de nuestra opinión, sin cortapisas de ninguna especie, sin abstractos temores o concretas amenazas, ya que es ningún momento es posible tener en cuenta una opinión si, para darla, en su neta dimensión de sinceridad, se exige al donante, o la suicida condición del héroe o la temeridad del legionario.

Al margen de todos estos factores negativos para la excelencia de una opinión, habría que matizar algunos más, y el más importante, sin duda, el de la falta de puestos de trabajo. Esta falta puede deteriorar, sensiblemente, los mejores propósitos de permanencia, puesto que sin la base de un trabajo serio y fijo, todo se derrumba a nuestro alrededor. Otra cosa sería analizar, por supuesto, las causas que han venido a traer estas consecuencias

y por qué un lugar con mucha demanda de trabajadores ha pasado al trance molesto de tener que ahuyentarlos. Pero son éstas cosas de política y de economía que ni los más entendidos en la materia entienden, ya que, a la vista están todas las equivocaciones en que han incurrido aquellos que, en un momento determinado, fomentaron ciertos movimientos y actitudes políticas a los que luego no supieron poner freno, y es que, si siempre es temible el "aprendiz de brujo", lo es, acaso, con mayor índice de peligrosidad el "aprendiz de político", a quien, seguramente, pocas cosas le importan aparte del medro personal y de sus "particulares escaladas", aunque disfrace, muy arteramente, estos propósitos con sus invocados tópicos al bien del pueblo y mandangas parecidas.

Con todo esto, estamos pues donde estamos. Hace dieciocho años había como una oscura sospecha de que la inmigración podría sofocar a la esencia raigal de la tierra, que la echaría a perder, y que los componentes de una llamada cultura advenediza desarraigarian a la también llamada así "cultura autóctona". Si ello ha ocurrido así, o todo lo contrario, quien quiera ver, que vea. Hace dieciocho años yo opinaba que "el problema de la inmigración era más un problema de conciencia que de raza, más de humanidad que de regionalismo, enjuiciado, por lo menos, desde la vertiente de su proyección espiritual". Y apuntaba también que, ante él (ante este problema), una buena norma de conducta podría ser el de chapuzarse en aguas de universalidad sin olvidarnos, en ningún momento, que nuestra propia orilla nos espera. "O lo que es lo mismo, ser vascos y dejar en todo momento constancia de ellos, pero con proyección universal".

A dieciocho años vista, lo ocurrido no me sume en la perplejidad porque, en realidad, uno tiene resortes suficientes como para que muy pocas cosas le extrañen; ni tampoco me precipita en el desencanto puesto que para ello me faltó encantarme con promesas y delirios que se ofrecían muy generosamente. Más bien la situación a que me han abocado es a una mayor profundización aun de mi escepticismo congénito y fundamental. Y, en cuanto a la actitud universalista que me pareció propugnar, me parece que no se la ve ni con lupa.